

B) HUME: Investigación sobre la naturaleza de
la moral.

UN DIÁLOGO

Mi amigo PALAMEDES, al que le gusta tanto en lo referente a sí mismo como a sus principios moverse sin rumbo fijo, y que ha recorrido, mediante el estudio y viajando, casi todas las regiones del mundo intelectual y material, me sorprendió hace poco con un relato sobre una nación en donde, me dijo, había pasado una parte considerable de su vida, y a cuyos habitantes encontró, en su mayor parte, extremadamente civilizados e inteligentes.

Existe un país en el mundo, dijo, llamado FOURLI, cuya longitud y latitud no importan, cuyos habitantes mantienen opiniones sobre muchas cosas, especialmente sobre moral, que resultan diametralmente opuestas a las nuestras. A mi llegada encontré que tenía que someterme a un doble esfuerzo: primero, aprender el significado de los términos de su lenguaje; y, después, conocer el sentido de estos términos y el elogio o la censura unidos a ellos. Después de que una palabra me había sido explicada, y se me había descrito el carácter que expresaba, yo concluía que tal epíteto debía ser de forma necesaria el reproche más grande del mundo, y me vi extraordinariamente sorprendido cuando encontré que alguien lo aplicaba delante de otros a una persona con la que vivía en la amistad y la intimidad más grandes. Un día le dije a un conocido: *Tú crees que CHANGUIS es tu enemigo mortal; me gusta acabar con las disputas; y, por lo tanto, debo decirte que le oí hablar de ti de la manera más obsequiosa.* Pero, con gran sorpresa mía, cuando le repetí

las palabras de CHANGUIS, pese a que las recordaba y las había comprendido perfectamente, encontré que las tomaba por la afrenta más mortal, y que muy inocentemente había convertido en completamente irreparable la ruptura entre estas personas.

Como tuve la suerte de llegar a esta nación en una condición muy ventajosa, me presentaron inmediatamente a la mejor sociedad; y al manifestar ALCHEIC su deseo de que fuera a vivir con él, acepté de buena gana su invitación; pues encontré que era universalmente estimado por su mérito personal; y, de hecho, todo el mundo en FOURLI lo consideraba un individuo perfecto.

Una noche me invitó, como un pasatiempo, a que lo acompañara a una serenata que quería ofrecer a GULKI, de quien, me dijo, estaba enamorado; y pronto hallé que su gusto no era singular; porque nos encontramos a muchos de sus rivales que habían acudido con el mismo propósito. Concluí de forma muy natural que ¹²⁸ esta mujer a la que cortejaba debía ser de las más bellas de la ciudad; y experimenté en ese momento una inclinación secreta a verla y a conocerla. Pero cuando empezó a salir la luna me sorprendió mucho el encontrar que nos hallábamos en medio de la universidad, en donde GULKI estudiaba; y me quedé un tanto avergonzado de haber acompañado a mi amigo a tal empresa.

Me contaron después que la elección de GULKI por parte de ALCHEIC gozaba de gran aprobación en toda la buena sociedad de la ciudad; y que se esperaba que, al mismo tiempo que gratificaba su propia pasión, desempeñara con ese joven los mismos buenos oficios que él mismo debía a ELCOUF. Parece ser que ALCHEIC era muy bien parecido en su juventud y que había sido cortejado por muchos amantes, pero que había concedido sus favores principalmente al sabio ELCOUF, a quien se supone que debía en gran medida los asombrosos progresos que había realizado en la filosofía y en la virtud.

¹²⁸ («este amor suyo» en las ed. G y K).

Me causó cierta sorpresa el que la esposa de *ALCHEIC* (que, por cierto, era también su hermana) no se escandalizara en lo más mínimo por esta especie de infidelidad.

Casi al mismo tiempo descubrí (porque no se intentaba mantenerlo en secreto para mí o para cualquier otro) que *ALCHEIC* era un asesino y un parricida, y que había matado a una persona inocente, la conectada con él de la forma más estrecha, y a la que, de acuerdo con todos los lazos de la naturaleza y de la humanidad, tenía que proteger y defender. Cuando le pregunté con toda la cautela y deferencia imaginables cuál era el motivo de esta acción, replicó tranquilamente que entonces no gozaba de una situación tan acomodada como la que disfrutaba en el presente, y que había actuado en este particular según el consejo de todos sus amigos.

Habiendo oído celebrar tan extremadamente la virtud de *ALCHEIC*, simulé unirme al clamor popular, y pregunté únicamente por curiosidad, como un forastero, cuál de todas sus acciones nobles era la que más se aplaudía, y pronto encontré que todas las opiniones estaban de acuerdo en conceder la preferencia al asesinato de *USBEK*. Este *USBEK* había sido hasta el último momento amigo íntimo de *ALCHEIC*, le había hecho muchos favores importantes, incluso había salvado su vida en cierta ocasión; y según su testamento, que se encontró después del asesinato, le había hecho heredero de una parte considerable de su fortuna. Parece que *ALCHEIC* conspiró con unos veinte o treinta más, la mayoría de los cuales también eran amigos de *USBEK*; y cayendo todos juntos sobre este infeliz cuando estaba desprevenido, le habían desgarrado con cien heridas; recompensándolo así por todos sus favores y servicios prestados. *USBEK*, decía la voz popular, tenía muchas cualidades buenas e importantes. Sus mismos vicios eran brillantes, magníficos y elevados; pero esta acción de *ALCHEIC* le puso muy por encima de *USBEK* a los ojos de todos los jueces del mérito; y es una de las más nobles sobre las que quizá haya brillado el sol alguna vez.

Otra parte de la conducta de *ALCHEIC* que también encontré muy aplaudida fue su comportamiento hacia *CALISH*, con quien estaba asociado en una empresa o proyecto de alguna importancia. *CALISH*, que era un hombre apasionado, propinó un día una buena paliza a *ALCHEIC*; algo que éste tomó con mucha paciencia, esperó la vuelta del buen humor de *CALISH*, mantuvo todavía una buena relación con él, y, gracias a esto, llevó a un final feliz el asunto en el que estaban asociados, ganando para sí un honor inmortal por su notable temperamento y moderación.

Hace poco he recibido una carta de un corresponsal de *FOURLI*, por la que me he enterado que después de mi partida, habiendo enfermado *ALCHEIC*, se había ahorcado honrosamente; y había fallecido en medio del lamento y del aplauso universales de sus conciudadanos. Una vida tan virtuosa y noble, dicen todos los *FOURLIANOS*, no se podía coronar mejor que mediante un fin tan noble; y *ALCHEIC* ha probado con ello, igual que con todas sus demás acciones, lo que fue su principio constante durante su vida, y del que hizo alarde en sus últimos momentos, que un hombre sabio apenas es inferior al gran dios *VITZLI*. Éste es el nombre de la deidad suprema entre los *FOURLIANOS*.

Las nociones de este pueblo, continuó *PALAMEDES*, son tan extraordinarias con respecto a los buenos modales y a la sociabilidad como con respecto a la moral. Mi amigo *ALCHEIC* organizó una vez una fiesta para entretenerme en la que estaban presentes todos los mejores talentos y filósofos de *FOURLI*; y cada uno de nosotros llevó consigo su comida al lugar donde nos reuníamos. Observé que uno de ellos estaba peor provisto que el resto, y le ofrecí una parte de mi comida, que consistía en una pollita asada; y no pude sino observar que él y todo el resto de la reunión sonreían ante mi ingenuidad. Me contaron que una vez *ALCHEIC* tuvo tanta influencia en su club que los persuadió de comer en común, y que utilizó un artificio para este propósito. Persuadió a aquellos

a los que observó *peor* provistos de ofrecer su comida a la reunión; tras lo que, los demás, que habían traído una comida más exquisita, se sintieron avergonzados de no hacer la misma oferta. Esto se considera como un acontecimiento tan extraordinario que, según sé, se ha recogido en la historia de la vida de *ALCHEIC*, que ha escrito uno de los mayores genios de *FOURLI*.

Por favor, *PALAMEDES*, le dije, cuando estabas en *FOURLI*, ¿aprendiste también el arte de poner en ridículo a tus amigos contándoles historias raras y riéndote después de ellos si te creían? Te aseguro, replicó, que si hubiera estado dispuesto a aprender tal lección, no había un lugar en el mundo más apropiado. El amigo que estoy mencionando tan a menudo no hacía nada de la mañana a la noche que no fueran burlas, chanzas y tomaduras de pelo; y apenas podía saberse nunca si estaba de broma o hablaba con la mayor seriedad. Pero tú piensas, entonces, que mi historia es inverosímil, y que he utilizado, o más bien abusado, del privilegio de un viajero. Seguro, le dije, que no estabas sino bromeando. Costumbres tan bárbaras y salvajes no son sólo incompatibles con un pueblo inteligente y civilizado, como dijiste que eran; sino que apenas son compatibles con la naturaleza humana. Sobrepasan todo lo que hemos leído alguna vez sobre los *MINGRELIANOS* y los *TOPINAMBOS*.

¡Ten cuidado con lo que dices!, exclamó. ¡Ten cuidado con lo que dices! No eres consciente de que estás blasfemando, e injuriando a tus favoritos, los *GRIEGOS*, especialmente los *ATENIENSES*, a quienes todo el tiempo me he referido bajo esos nombres extraños que empleaba. Si piensas bien, no hay ningún rasgo del carácter precedente que no se pudiera encontrar en el hombre de más elevado mérito de *ATENAS* sin que disminuyera por ello en lo más mínimo el lustre de su carácter. Los amoríos de los griegos, sus matrimonios ¹²⁹, el abandono de sus hijos, no

¹²⁹ Las leyes de Atenas permitían que un hombre se casara con su hermana por parte del padre. La ley de Solon prohibía la pederastia a los esclavos como siendo un acto demasiado digno para personas tan inferiores.

pueden sino chocarte en el acto. La muerte de *USBEK* corresponde exactamente a la de *CÉSAR*.

Todo para nada, dije, interrumpiéndole. No mencionaste que *USBEK* era un usurpador.

No lo hice, replicó, para que no descubrieras el paralelismo al que apuntaba. Pero, incluso añadiendo esta circunstancia, no deberíamos vacilar en, de acuerdo con nuestros sentimientos morales, denominar a *BRUTO* y a *CASIO* traidores y asesinos ingratos. Aunque tú sabes que son quizá los personajes más elevados de toda la Antigüedad; y que los *ATENIENSES* les levantaron estatuas, que colocaron cerca de las de *HARMODIO* y *ARISTOGITON*, sus propios liberadores. Y si crees que esta circunstancia que mencionas es tan importante como para absolver a estos patriotas, la compensaré con otra que no he mencionado y que agravará por igual su crimen. Pocos días antes de la realización de su funesto propósito todos ellos juraron lealtad a *CÉSAR*; y declarando que siempre tendrían a su persona por sagrada tocaron el altar con esas manos que ya habían armado para su destrucción ¹³⁰.

No necesito recordarte la famosa y aplaudida historia de *TEMÍSTOCLES*, y su paciencia hacia el *ESPARTANO* *EURIBIADES*, su jefe, quien acalorado por el debate levantó su bastón hacia él en un consejo de guerra (que es lo mismo que si le hubiera golpeado con él). ¡Golpea!, grita el *ATENIENSE*, ¡golpea!, pero escúchame.

Eres demasiado buen erudito para no descubrir en mi última historia al irónico *SÓCRATES* y a su círculo *ATENIENSE*; y observarás seguramente que está copiada con exactitud de *JENOFONTE*, cambiando únicamente los nombres ¹³¹. Creo que he puesto de relieve de una manera adecuada que un *ATENIENSE* de mérito podía ser un hombre al que entre nosotros se le consideraría incestuoso, parricida, asesino, un traidor ingrato, perjuro, y algo

¹³⁰ Apiano, *Bell. Civ. lib. iii.* Suetonio en *vita Caesaris*.

¹³¹ *Mem. Soc. lib. iii. sub fine.*

más demasiado abominable para nombrarlo; para no mencionar su rusticidad y malos modales. Y habiendo vivido de esta manera, su muerte podría ser enteramente consecuente. Podría concluir la escena con un acto desesperado de suicidio, y morir con las blasfemias más absurdas en su boca. Y, a pesar de todo esto, tendría estatuas, si no altares, erigidas a su memoria; se compondrían poemas y oraciones en alabanza suya; grandes sectas estarían orgullosas de llamarse por su nombre; y la posteridad más distante mantendría ciegamente su admiración; aunque si alguien semejante surgiera entre ellos lo considerarían, y justamente, con horror y aborrecimiento.

Debería haberme dado cuenta de tu ardid, repliqué. Pareces complacerte en este tema, eres el único hombre que conozco que está familiarizado con los antiguos y que no los admira extremadamente. Pero en vez de atacar su filosofía, su elocuencia, o poesía, los temas habituales de controversia entre nosotros, pareces ahora censurar su moral, y acusarlos de ignorancia en una ciencia que es la única en que, según mi opinión, no han sido superados por los modernos. Geometría, física, astronomía, anatomía, botánica, geografía, navegación; en éstas pretendemos con derecho la superioridad. Pero, ¿qué tenemos que podamos oponer a sus moralistas? Tus representaciones de las cosas son erróneas. No tienes ninguna indulgencia hacia las maneras y las costumbres de épocas diferentes. ¿Juzgarías a un GRIEGO o a un ROMANO por el derecho consuetudinario de INGLATERRA? Óyele defenderse de acuerdo con sus propias máximas, y pronúnciate después.

No existen maneras tan inocentes o razonables que no puedan volverse odiosas o ridículas si se miden por una norma desconocida por las personas¹³²; especialmente si empleas un poco de habilidad o elocuencia en agravar

¹³² (Obviamente, desconocida para las personas que tienen dichas maneras o costumbres).

algunas circunstancias y en atenuar otras, según sirva mejor al propósito de tu discurso. Todos estos ardidés pueden fácilmente volverse contra ti. Si pudiera informar a los ATENIENSES, por ejemplo, de que existe una nación en la que el adulterio, tanto activo como pasivo, para hablar así, goza de la mayor boga y estima; en la que todo hombre educado escoge como amante a una mujer casada, la esposa quizá de su amigo y compañero, y se valora en base a estas conquistas infames tanto como si hubiera resultado vencedor varias veces en el boxeo o la lucha en los juegos *Olimpicos*; en donde todos los hombres se enorgullecen de su aceptación y complacencia con respecto a su propia esposa, y se alegran de hacer amistades o de promover su interés permitiéndola prostituir sus encantos; e incluso, sin tales motivos, la conceden plena libertad e indulgencia. Pregunto: ¿qué sentimientos abrigarían los ATENIENSES hacia tal pueblo; ellos que nunca mencionaban el delito de adulterio sino junto con el robo y el envenenamiento? ¿De qué se sorprenderían más, de la villanía o de la bajeza de esta conducta?

Podría añadir que el mismo pueblo estaba tan orgulloso de su esclavitud y dependencia como los ATENIENSES de su libertad; y que aunque un hombre entre ellos se viera oprimido, deshonorado, reducido a la miseria, insultado o encarcelado por el tirano, consideraría todavía como el mérito más alto amarle, servirle y obedecerle; e incluso morir por su gloria y satisfacción más pequeña. Estos nobles GRIEGOS probablemente me preguntarían si estaba hablando de una sociedad humana o de alguna especie servil e inferior.

Podría informar entonces a mi audiencia ATENIENSE de que, sin embargo, a este pueblo no le faltaba temple y valor. Si un hombre, aunque fuera su amigo íntimo, lanzara contra ellos en una reunión privada una burla que se aproximara de cerca a cualquiera de las que vuestros generales y demagogos se hacen unos a otros todos los días en presencia de la ciudad entera, nunca podrían perdonarle, sino que para vengarse le obligarían inme-

diatamente a atravesarles el cuerpo o a ser él mismo asesinado. Y si un hombre que es para ellos un completo desconocido les mandara que, arriesgando su propia vida, le cortaran la garganta a su amigo íntimo, obedecerían inmediatamente, y se considerarían altamente complacidos y honrados por el encargo. Éstas son sus máximas acerca del honor. Ésta es su moralidad predilecta.

Sin embargo, aunque estén tan prestos a desenvainar su espada contra sus amigos y compatriotas, ninguna desgracia, ninguna infamia, ningún dolor, ninguna miseria harán nunca que esta gente vuelva la punta de la espada contra su propio pecho. Un hombre de rango remaría en las galeras, mendigaría su pan, se pudriría en una prisión, sufriría cualquier tortura, y, a pesar de todo, conservaría su miserable vida. Antes que escapar de sus enemigos mediante un noble desprecio de la muerte, recibiría de forma infame la misma muerte de sus enemigos, agravada por sus triunfantes insultos y por los sufrimientos más intensos.

También es muy habitual entre estas gentes, continuaría, el construir cárceles en donde todas las habilidades para acosar y torturar a los infelices prisioneros son cuidadosamente estudiadas y practicadas. Y es habitual que un padre encierre a algunos de sus hijos en estas cárceles con vistas a que otro hijo, al que no reconoce ni más ni menos mérito que al resto, pueda disfrutar de toda su fortuna y revolcarse en toda clase de voluptuosidades y placeres. Nada es tan virtuoso, en su opinión, como esta bárbara parcialidad.

Pero lo que resulta más extraño en esta nación caprichosa, cuento a los ATENIENSES, es que una de vuestras fiestas durante las SATURNALES¹³³, cuando los esclavos son servidos por sus amos, la continúan ellos seriamente durante todo el año y durante todo el curso de sus vidas;

¹³³ Los griegos celebraban la fiesta de Saturno o Cronos, igual que los romanos. Véase Luciano, Epist. a Saturno.

acompañada además de algunas circunstancias que aumentan todavía más su carácter absurdo y ridículo. Vuestra diversión sólo eleva por unos pocos días a aquellos a quienes la fortuna ha derribado, y a quienes ella también puede en uno de sus juegos realmente elevar para siempre sobre vosotros. Pero esta nación ensalza seriamente a aquellas personas a las que la naturaleza les ha sometido y cuya inferioridad y debilidades son completamente incurables. Las mujeres, aunque carezcan de virtud, son sus dueñas y soberanas. A ellas reverencian, elogian y magnifican. A ellas prestan la mayor deferencia y respeto. Y en todos los lugares y en todos los tiempos la superioridad de las mujeres es fácilmente reconocida, y a ella se someten todos los que tienen la menor pretensión de educación y cortesía. Casi ningún delito sería tan universalmente detestado como una infracción de esta regla.

No necesitas proseguir, replicó [PALAMEDES:] puedo conjeturar fácilmente a qué pueblo apuntas. Los rasgos con que los has descrito son bastante correctos; y, sin embargo, tienes que reconocer que apenas se encuentra un pueblo en los tiempos antiguos o modernos cuyo carácter nacional esté, por lo general, menos sujeto a la desaprobación. Pero te doy las gracias por ayudarme con mi argumento. No tenía intención de ensalzar a los modernos a costa de los antiguos. Sólo pretendía representar la incertidumbre de todos estos juicios sobre caracteres; y convencerte de que la moda, la usanza, la costumbre y la ley son el principal fundamento de todas las determinaciones morales. LOS ATENIENSES eran ciertamente un pueblo inteligente y civilizado; si alguna vez hubo uno; y, sin embargo, a su hombre de mérito se lo podría considerar con horror y abominación en esta época. Los FRANCESES son también, sin duda, un pueblo muy civilizado e inteligente, y, sin embargo, su hombre de mérito podría, con los ATENIENSES, ser objeto del mayor desprecio y ridículo, e incluso aborrecimiento. Y lo que convierte al asunto en más extraordinario; se supone que estos dos pueblos son los más similares en sus caracteres

nacionales de todos los de los tiempos antiguos y modernos; y mientras que los INGLESES se congratulan pensando que se parecen a los ROMANOS, sus vecinos del continente establecen el paralelismo entre ellos mismos y esos GRIEGOS cortesés. Por lo tanto, ¿qué gran diferencia en los sentimientos morales tiene que encontrarse entre las naciones civilizadas y las bárbaras, o entre naciones cuyos caracteres tienen poco en común? ¿Cómo pretender fijar una norma para juicios de esta naturaleza?

Llevando el asunto a un nivel un poco más alto, replique, y examinando los primeros principios que cada nación establece de condena o censura. El RHIN corre hacia el norte, el RÓDANO hacia el sur; sin embargo, ambos nacen de la *misma* montaña y se mueven en sus direcciones opuestas por el *mismo* principio de gravedad. Las diferentes inclinaciones del terreno sobre el que discurren causan toda la diferencia de sus cursos.

¿En cuantas circunstancias un hombre de mérito ATENIENSE y otro FRANCÉS se parecerían con certeza entre sí? Inteligencia, conocimiento, agudeza, elocuencia, humanidad, fidelidad, verdad, justicia, valor, moderación, constancia, dignidad de espíritu. Has omitido todas estas circunstancias para insistir únicamente en los puntos en que pueden, accidentalmente, estar en desacuerdo. Muy bien; estoy deseoso de ponerme de acuerdo contigo; y procuraré dar cuenta de esas diferencias a partir de los principios morales más universales y establecidos.

No deseo examinar los amores GRIEGOS con más detalle; observaré únicamente que, aunque censurables, surgieron de una causa muy inocente, la frecuencia de los ejercicios gimnásticos entre ese pueblo; y se los recomendaba, aunque absurdamente, como fuente de amistad, simpatía, apego mutuo y fidelidad¹³⁴; cualidades estimadas en todas las naciones y en todas las épocas.

El matrimonio entre hermanastros y hermanastras no parece una gran dificultad. El amor entre los parientes

¹³⁴ Plat. symp., pág. 182. Ex edit. Serr.

más próximos es contrario a la razón y a la utilidad pública; pero el punto preciso en donde hemos de detenernos apenas puede fijarlo la razón natural; y, por lo tanto, es un tema muy apropiado para la ley municipal o la costumbre. Si los ATENIENSES fueron un poco demasiado lejos hacia un lado, el derecho canónico seguramente ha llevado las cosas a una gran distancia en el otro extremo¹³⁵.

Si le hubieseis preguntado a un padre de ATENAS por qué privaba a su hijo de esa vida que tan recientemente le había dado. Es porque lo amo, replicaría; y porque considero la pobreza que debe heredar de mí como un mal mayor que la muerte, la cual no es capaz de temer, sentir u ofenderle¹³⁶.

¿Cómo ha de recuperarse la libertad pública, la más valiosa de todas las ventajas, de las manos de un usurpador o de un tirano, si su poder le protege de la rebelión pública y nuestros escrúpulos de la venganza privada? Reconoces que su delito es capital de acuerdo con la ley; y ¿debe constituir su seguridad plena la circunstancia más agravante de su delito, el que se haya puesto a sí mismo por encima de la ley? No puedes replicar nada, salvo mostrar los graves inconvenientes del asesinato; y cualquiera que se los hubiese demostrado claramente a los antiguos hubiera reformado sus opiniones sobre este particular.

Para volver de nuevo tus ojos hacia la descripción que he realizado de las costumbres modernas, reconozco que resulta casi tan difícil justificar la galantería FRANCESA como la GRIEGA; salvo que la primera es mucho más natural y agradable que la segunda. Pero parece que nuestros vecinos han acordado sacrificar algunos de los placeres domésticos a los sociables; y preferir un estado relajado, la libertad y un comercio abierto, a la fidelidad y constancia estrictas. Ambos fines son buenos, pero re-

¹³⁵ Véase Investigación, Secc. IV.

¹³⁶ Plut. de amore prolis, sub fine.

sulta algo difícil reconciliarlos; y no tenemos que sorprendernos si las costumbres de las naciones se inclinan algunas veces demasiado hacia un lado y otras hacia el opuesto.

La adhesión más inviolable a las leyes de nuestro país se reconoce en todas partes como una virtud esencial; y donde la gente no tiene la fortuna de poseer una asamblea legislativa, sino que tienen una única persona, la lealtad más estricta es en este caso el patriotismo más verdadero.

Seguramente nada puede ser más absurdo y bárbaro que la práctica del duelo; pero quienes lo justifican dicen que engendra educación y buenas maneras. Y puedes observar que un duelista siempre se valora a sí mismo en base a su valor, su sentido del honor, su fidelidad y amistad; cualidades que sin duda tienen aquí una dirección muy extraña, pero a las que se ha estimado de forma universal desde la creación del mundo.

¿Han prohibido los dioses el suicidio? Un ATENIENSE admite que debería evitarse. ¿Lo ha permitido la Deidad? Un FRANCÉS admite que la muerte es preferible al dolor y a la infamia.

Ves, por tanto, continué, que los principios en base a los que razonan los hombres en la moral son siempre los mismos, aunque las conclusiones que obtienen a menudo son muy diferentes. Que todos ellos razonan correctamente con respecto a este tema, más que con respecto a cualquier otro, no le incumbe a ningún moralista mostrarlo. Es suficiente que los principios originales de censura o condena sean uniformes y que las conclusiones erróneas puedan corregirse mediante razonamientos más sólidos y una experiencia más amplia. Aunque han transcurrido muchos siglos desde la caída de GRECIA y ROMA, aunque han tenido lugar muchos cambios en la religión, el lenguaje, las leyes y las costumbres, ninguna de estas revoluciones ha producido ninguna innovación considerable en los sentimientos primarios de la moral, igual que tampoco lo ha hecho en los concernientes a la

belleza externa. Quizás pueden observarse en ambos casos algunas diferencias insignificantes. HORACIO ¹³⁷ celebra una frente estrecha, y ANACREONTE, unas cejas unidas entre sí ¹³⁸; pero el APOLO y la VENUS de la antigüedad son todavía nuestros modelos de belleza masculina y femenina; de igual manera que el carácter de ESCIPIÓN continúa siendo nuestro patrón para la gloria de los héroes, y el de CORNELIA, para el honor de las matronas.

Parece que nunca hubo una cualidad que alguien recomendara como una virtud o excelencia moral sino en razón de resultar útil o agradable al mismo hombre o a otros. Porque, ¿qué otra razón puede darse para el elogio o la aprobación? O ¿qué sentido tendría ensalzar un *buen* carácter o una *buen*a acción que al mismo tiempo se admite que *no son buenas para nada*? Por lo tanto, todas las diferencias en la moral pueden reducirse a este único fundamento general, y se las puede explicar por los puntos de vista diferentes que la gente tiene de estas circunstancias.

Algunas veces los hombres discrepan en su juicio sobre la utilidad de un hábito o acción; algunas veces, también, las peculiares circunstancias de las cosas convierten a una cualidad moral en más útil que las demás y la conceden una preferencia peculiar.

No resulta sorprendente que en un periodo de guerra y desorden las virtudes militares sean más celebradas que las pacíficas y atraigan más la admiración y atención de la humanidad. «Es normal», dice TULIO ¹³⁹, «encontrar CIMBROS, CELTÍBEROS, y otros bárbaros, que soportan con una constancia inflexible todas las fatigas y peligros de la campaña; pero que se desalientan en seguida bajo el dolor y el peligro de una enfermedad que los vaya debilitando; mientras que, por la otra parte, los GRIEGOS

¹³⁷ Epist. lib. i, epist. 7. También lib. i, oda 3.

¹³⁸ Oda 28. Petronio —capítulo 86— une ambas circunstancias como bellezas.

¹³⁹ Tusc Quaest. lib. ii.

soportan pacientemente la lenta aproximación de la muerte cuando viene pertrechada con la enfermedad y la dolencia, pero huyen temerosamente de su presencia cuando les ataca violentamente con espadas y puñales». ¡Tan diferente es incluso la misma virtud del valor entre las naciones pacíficas y las belicosas! Y, de hecho, podemos observar que como la diferencia entre la guerra y la paz es la más grande que surge entre las naciones y las sociedades políticas, produce también las variaciones más grandes en el sentimiento moral, y diversifica al máximo nuestras ideas de virtud y mérito personal.

Algunas veces, también, la magnanimidad, la grandeza de espíritu, el desdén por la esclavitud, un rigor y una integridad inflexibles, pueden convenir más a las circunstancias de una época que a las de otra, y tener una influencia más favorable tanto en los asuntos públicos como en la propia seguridad y progreso de un hombre. Por tanto, nuestra idea del mérito personal variará también un poco con estas variaciones; y quizás se censurase a LABEON por las mismas cualidades que le procuraron a CATÓN la aprobación más alta.

Un nivel de lujo que en un nativo de SUIZA puede ser ruinoso y pernicioso, únicamente favorece las artes y fomenta la laboriosidad en un FRANCÉS o en un INGLÉS. Por lo tanto, no hemos de esperar en BERNA los mismos sentimientos o las mismas leyes que prevalecen en LONDRES o en PARÍS.

Las costumbres diferentes, igual que las utilidades diferentes, tienen también alguna influencia; y al dar un sesgo temprano a la mente pueden producir una propensión superior hacia las cualidades útiles o hacia las desagradables; hacia las que consideran al yo o hacia las que abarcan a la sociedad. Estas cuatro fuentes de sentimiento moral subsisten todavía; pero los accidentes particulares pueden hacer que cualquiera de ellas mane en cierto momento con más abundancia que en otro.

Las costumbres de algunas naciones excluyen a las mujeres de toda relación social. Las de otras naciones las

convierten en una parte tan esencial de la sociedad y la conversación que, salvo cuando se trata de negocios, al sexo masculino se le supone casi completamente incapaz de charlar o de entretenerse entre sí. Como esta diferencia es la más importante que puede tener lugar en la vida privada, debe producir también la mayor variación en nuestros sentimientos morales.

De todas las naciones en el mundo en las que la poligamia no estaba permitida, los GRIEGOS parecen haber sido los más reservados en su relación con el bello sexo, y haber impuesto al mismo las leyes más estrictas de la modestia y la decencia. Tenemos un convincente ejemplo de esto en un discurso de LISIAS¹⁴⁰. Una viuda agraviada, arruinada, maltratada, convoca una reunión de unos pocos de sus parientes y amigos más cercanos; y aunque nunca antes habituada, dice el orador, a hablar en presencia de hombres, sus angustiosas circunstancias la obligaron a exponerles su situación. El mismo hecho de abrir su boca en tal compañía requerió, parece, una disculpa.

Cuando DEMÓSTENES demandó a sus tutores para hacer que le devolvieran su patrimonio, le resultó necesario en el curso del proceso probar que el matrimonio de la hermana de AFOBO con ONETER era completamente fraudulento, y que a pesar de su simulado matrimonio, había vivido con su hermano en ATENAS los dos años que siguieron a su divorcio de su primer marido. Y es notable que, aunque eran gente de la mejor fortuna y distinción de la ciudad, el orador no pudo probar este hecho de otra forma que pidiendo que se interrogara a las esclavas de aquélla, y mediante el testimonio de un médico que la había visto en casa de su hermano durante una enfermedad que ella padeció¹⁴¹. Así de reservadas eran las costumbres de los griegos.

Podemos estar seguros de que una pureza extremada en las costumbres era la consecuencia de esta reserva. De

¹⁴⁰ Oral. 32.

¹⁴¹ En Onclerem.

acuerdo con esto encontramos que, exceptuando las historias fabulosas de ELENA y CLITEMNESTRA, apenas hay un ejemplo de un suceso de la historia GRIEGA que proceda de las intrigas de las mujeres. Por otra parte, en los tiempos modernos, especialmente en una nación vecina, las mujeres participan en todas las transacciones y en todos los manejos de la Iglesia y del Estado. Y ningún hombre que se despreocupe de obtener sus bendiciones puede esperar tener éxito. ENRIQUE III puso en peligro su corona y perdió su vida tanto por su tolerancia con la herejía como por incurrir en el desagrado del bello sexo.

Es inútil disimular: las consecuencias de un comercio muy libre entre los sexos y de que vivan muy juntos terminarán a menudo en amoríos y galanterías. Debemos sacrificar algo de lo útil si estamos muy deseosos de obtener todas las cualidades agradables; y no podemos pretender alcanzar por igual todas las clases de ventajas. Los ejemplos de desenfreno, al multiplicarse diariamente, debilitarán el escándalo con un sexo y enseñarán al otro paulatinamente a adoptar la famosa máxima de LA FONTAINE con respecto a la infidelidad femenina, *que si uno la conoce, no es sino algo de poca importancia, y si uno no la conoce, no es nada*¹⁴².

Alguna gente se inclina a pensar que la mejor manera de ajustar todas las diferencias y de mantener el medio adecuado entre las cualidades útiles y agradables del sexo es vivir con las mujeres a la manera de los ROMANOS y los INGLESES (porque parece que las costumbres de estas dos naciones son similares a este respecto)¹⁴³; esto es, sin

¹⁴² Quand on le sçait, c'est peu de chose: Quand on l'ignore, ce n'est rien.

¹⁴³ Durante el tiempo de los emperadores, los romanos parecen haber sido más dados a los amoríos y a las galanterías que los ingleses lo son en el presente. Y las mujeres de condición, con vistas a retener a sus amantes, intentaron dar un nombre de reproche a aquellos que eran aficionados a ir con prostitutas y a los amoríos bajos. Se los llamaba ANCILLARIOLI. Véase SENECA de beneficiis. Lib i, capítulo 9. Véase también MARCIAL. lib. xii, epig. 58.

galanterías¹⁴⁴ y sin celos. Por una razón equivalente, las costumbres de los ESPAÑOLES y de los ITALIANOS de una época anterior (porque en el momento actual son muy diferentes) tienen que ser las peores de todas; porque favorecen a la vez las galanterías y los celos.

Estas costumbres diferentes de las naciones no afectarán únicamente a un sexo. La idea del mérito personal en los varones tiene que ser también diferente de alguna manera con respecto al menos a la conversación, a los modales y al humor. Una nación, aquella en donde los hombres viven muy separados de las mujeres, aprobará naturalmente más la prudencia; la otra nación, la alegría. Con una, la sencillez de costumbres gozará de la mayor estima; con la otra, la cortesía. La una se distinguirá por el buen sentido y el juicio; la otra, por el gusto y la delicadeza. La elocuencia de la primera brillará más en el senado; la de la otra, en el teatro.

Éstos, afirmo, son los efectos naturales de tales costumbres. Porque debe confesarse que el azar tiene una gran influencia en las conductas nacionales; y en la sociedad tienen lugar muchos sucesos de los que no se puede dar cuenta de acuerdo con las reglas generales. ¿Quién podría imaginar, por ejemplo, que los ROMANOS, que vivían libremente con sus mujeres, se mostrarían muy indiferentes hacia la música, y considerarían infame a la danza; mientras que los GRIEGOS, que casi nunca veían una mujer sino en sus propias casas, estarían continuamente tocando la flauta, cantando y danzando?

Las diferencias de sentimiento moral que surgen de forma natural de un gobierno monárquico o republicano son también muy evidentes; igual que las que proceden de la riqueza o la pobreza generales, de la unión o la facción, de la ignorancia o el saber. Concluiré este largo discurso observando que las costumbres y las situaciones di-

¹⁴⁴ La galantería aquí mencionada es la de los amoríos y uniones, no la de la obsequiosidad, la cual se presta al bello sexo en Inglaterra tanto como en cualquier otro país.

ferentes no cambian las ideas originales del mérito (aunque puedan cambiar algunas consecuencias) en ningún punto que sea muy esencial, y que prevalecen sobre todo en relación a los jóvenes, quienes pueden aspirar a las cualidades agradables y pueden intentar complacer. Las MANERAS, los ORNAMENTOS, las GRACIAS que alcanzan el éxito en esta edad son más arbitrarias y casuales. Pero el mérito de los años más maduros es el mismo en casi todas partes; y consiste principalmente en la integridad, la humanidad, la habilidad, el conocimiento y las demás cualidades más sólidas y útiles de la mente humana.

Esto sobre lo que insistes, replicó PALAMEDES, puede tener algún fundamento cuando te adhieres a las máximas de la vida normal y de la conducta ordinaria. La experiencia y la práctica del mundo corrigen fácilmente cualquier extravagancia considerable hacia un lado u otro. Pero, ¿qué me dices de las costumbres y las vidas artificiales? ¿Cómo concilias las máximas en que éstas se basan en diferentes épocas y naciones?

¿Qué entiendes por costumbres y vidas artificiales?, dije yo. Me explicaré, replicó. Tú sabes que en los tiempos antiguos la religión tenía muy poca influencia en la vida normal, y que los hombres creían que, después que habían cumplido su deber mediante sacrificios y plegarias en el templo, los dioses dejaban el resto de su conducta para ellos mismos, y que les complacían u ofendían poco esas virtudes o vicios que sólo afectaban a la paz y la felicidad de la sociedad humana. En esas épocas, el regular la conducta y el comportamiento corrientes de los hombres era únicamente asunto de la filosofía; y, de acuerdo con esto, podemos observar que al ser éste el único principio por el que un hombre podía elevarse sobre sus congéneres adquirió un poderoso ascendiente sobre muchas personas, y produjo grandes singularidades en lo que se refiere a máximas y comportamientos. En el momento presente, cuando la filosofía ha perdido el encanto de la novedad, no tiene un influencia tan amplia; sino que parece confinarse principalmente a especulacio-

nes de gabinete, igual que la religión del mundo antiguo se limitaba a sacrificios en el templo. Su lugar lo ocupa ahora la religión moderna, que inspecciona toda nuestra conducta y prescribe una regla universal para nuestras acciones, nuestras palabras, nuestros mismos pensamientos e inclinaciones; una regla tanto más austera cuanto que está guardada por recompensas y castigos infinitos, aunque distantes; y ninguna violación de la misma puede ocultarse o disfrazarse jamás.

DIÓGENES es el modelo más famoso de filosofía extravagante. Busquémosle un paralelo en los tiempos modernos. No desacreditaremos a un nombre filosófico mediante una comparación con los DOMINICOS o LOYOLAS, o cualquier fraile o monje canonizados. Comparémosle con PASCAL, un hombre de talento y de genio, igual que el mismo DIÓGENES; y quizá, también, un hombre de virtud, si hubiese permitido que sus inclinaciones virtuosas se ejercieran y mostraran.

El fundamento de la conducta de DIÓGENES consistía en un esfuerzo por convertirse en un ser tan independiente como fuera posible, y en confinar todas sus necesidades, deseos y placeres dentro de sí mismo y de su mente. La intención de PASCAL era mantener continuamente delante de sus ojos un sentido de su dependencia, y no olvidar nunca sus innumerables necesidades y flaquezas. El antiguo se apoyaba a sí mismo mediante la magnanimidad, la ostentación, el orgullo y la idea de su propia superioridad sobre sus semejantes. El moderno hacía profesión constante de humildad y humillación, de desprecio y odio hacia sí mismo, e intentaba alcanzar estas supuestas virtudes en la medida en que son alcanzables. Las austeridades del GRIEGO tenían como finalidad acostumbrarle a las privaciones y prevenir el sufrir alguna vez. Las del FRANCÉS las abrazaba éste meramente por sí mismas, y con vistas a sufrir tanto como fuera posible. El filósofo se concedía los placeres más bajos, incluso en público. El santo se negaba a sí mismo los más inocentes, incluso en privado. El primero creía que su deber era

amar a sus amigos, protestar contra ellos, reprocharlos y regañarlos. El segundo procuró ser absolutamente indiferente hacia sus parientes más próximos, y amar y hablar bien de sus enemigos. El gran objetivo del ingenio de DIÓGENES era cualquier clase de superstición; esto es, cualquier clase de religión conocida en su tiempo. La mortalidad del alma era el principio que le servía de modelo; e incluso sus opiniones acerca de una providencia divina parecen haber sido licenciosas. Las supersticiones más ridículas controlaban la fe y la práctica de PASCAL; y un desprecio extremado por esta vida, en comparación con la futura, era el fundamento principal de su conducta.

Estos dos hombres se encuentran en este contraste notable; y, sin embargo, ambos han gozado de una admiración general en sus diferentes épocas, y se los ha propuesto como modelos a imitar. ¿Dónde está, entonces, la norma universal de la moral de la que hablas? Y ¿qué regla estableceremos para los numerosos sentimientos diferentes —mejor dicho, contrarios— de la humanidad?

Un experimento que tiene éxito en el aire, dije, no siempre tendrá éxito en el vacío. Cuando los hombres se apartan de las máximas de la razón común y muestran una preferencia por esas vidas *artificiales*, como tú las llamas, nadie puede responder acerca de lo que les complacerá o les desagradará. Están en un elemento diferente al del resto de la humanidad; y los principios naturales de su mente no operan con la misma regularidad que si se dejaran a sí mismos, libres de las ilusiones de la superstición religiosa o del entusiasmo filosófico.